

APILA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
N. 12

—Tienes retirado con eso que es tuerto y si lo que
te he dado no alcanza á pasar lo que esa infame cabe
za cual te lo prometí, vuelve por más.
Antonio alzó recogiendo la cabeza del suelo y D.
Rafael se acordó en un millón de cosas para
reaniciar mejor su terrible venganza.

—¿O me es posible, contestó, tanto como distos al
tanto me voy que me lo habian absolutamente
bien sabe Dios cuánto desploro esta circunstancia
que estas que en momentos de viajes estoy en mi
momento especialmente al Popocatepetl sin duda que
responde á las mismas impresiones, como las que en

La Barranca de Jamapa

—¿Por qué dices que la barranca de Jamapa es
en que me las tenen con todos sus puntos y en

Hallábame una noche perezosamente reclinado so-
bre mi mesa de estudio, saboreando con íntimo pla-
cer la lectura del interesante libro de Silvio Pellico
titulado "Mis prisiones".

Admiraba aquella alma gigante, á aquel hombre ab-
negado que en medio de los más atroces sufrimientos
sólo tenía palabras de perdón y olvido para las inau-
ditas injusticias de sus verdugos.

Me sacó de este agradable entretenimiento, la lle-
gada de un amigo con quien há tiempo me ligan los
lazos del más sincero afecto.

Nos dimos un apretón de mano, y después de con-
versar breve rato sobre asuntos de poco interés, le
dije:

—¿Sabes que algunos amigos proyectan una excu-
sión al Popocatepetl?—He sido formalmente invitado
y no dudo que nos acompañarás.

—No me es posible, contestó; tengo entre manos algunos negocios que me lo impiden absolutamente. Bien sabe Dios cuánto deploro esta circunstancia, pues sabes que en tratándose de viajes estoy en mi elemento: especialmente al Popocatepetl. Sin duda que recibiría allí magníficas impresiones, como las que tuve al visitar el Pico de Orizaba, el arrogante Citlaltepétl. Aún no pueden borrarse de mi memoria las peripecias de aquel viaje.

—¿Con que hubo peripecias? Pues tendría gusto en que me las refirieras con todos sus puntos y comas.

—Escucha, respondió; y mi amigo empezó así su narración:

“Estaba para terminar el mes de Noviembre de 188.....

“En aquellos días acababa yo de sustentar un examen público, y de aquella prueba había quedado absolutamente descontento de mí.

Tenia la conciencia del ridículo en que había caído, y en mi desesperación llegaba hasta á dudar de los conocimientos que había adquirido durante cinco años de constante estudio.

“Parecíame que todo aquel trabajo se había evaporado sin dejar más huella en mi cerebro que la que deja en el vaso la gota de agua que se evapora.

Era aquel un terrible golpe, no á mi orgullo, porque nunca lo he tenido, sí á mi amor propio y á mi dignidad.

“Cuando reflexionaba en los detalles de aquel acto, mi imaginación acalorada les daba proporciones gigantescas y los revestía de colores negrísimos. Preguntábame ¿cómo pudo ser que en aquellos momentos lo olvidase todo hasta los asuntos más comunes y triviales, que un cuarto de hora ántes hubiera podido repetir con facilidad? ¿Qué obnubilación de inteligencia fué aquella en que la entorpecida lengua tergiversaba las palabras y estropeaba lastimosamente el idioma? ¿Por qué he visto, me decía, á algunos de los compañeros que jamás se han distinguido ni por su inteligencia ni por su aplicación, salir airoso de pruebas semejantes á costa de un pequeño esfuerzo?

¿Habrá en realidad algo de eso que se llama “suer-te” á falta de otra denominación más racional, que decide ilógica é inopinadamente de algunos de los actos de la vida? ¿O será que por circunstancias aplicables solo á mí, había yo dado á aquel acto un carácter de gravedad excepcional que no solían darle los demás, preocupándome, imponiéndome de tal modo, que paralizaba mi cerebro y me hacía desbarrar por completo?

“Estas y otras ideas me asaltaban en confuso tropel; mi frente ardía y en mi atormentado espíritu se agitaba terrible tempestad.

“Parecíame escuchar por todas partes las risillas mal ocultas de los compañeros, y ver vagar en sus semblantes el gozo apenas comprimido que acarrea siempre el mal éxito del compañero “queridísimo”.

“Presa de esta tremenda agitación, de este estado próximo á la locura, pensé en un epílogo que concordaba perfectamente por lo ridículo y lo absurdo con el prólogo de la historia: se me ocurría el suicidio. Toda una noche, que ha sido sin duda una de las más amargas de mi vida, me acosó esta idea.

Ignoro si me faltó valor para llevarla á cabo ó si la aurora del día siguiente y el agradable frescor de la mañana, trajeron á mi acalorada imaginación reflexiones ó ideas menos sombrías; lo cierto es que mi espíritu se calmó y tomando una determinación me levanté violentamente de la silla en que había pasado la noche, y colocando en mi saco de viaje lo más indispensable para una larga expedición, me diriji á la estación de Buena Vista, donde tomé boleto de pasaje para Orizaba, en el ferrocarril de Veracruz.

“Aún no amanecía enteramente y en consecuencia faltaba algún tiempo para partir; me instalé, sin embargo, en un Wagon que hallé desierto y me acomodé en un asiento reanudando el hilo de mis interrumpidos pensamientos.

“Sí, me decía, salgamos de esta ciudad cuya atmósfera me ahoga; busquemos en la soledad y en las inimitables bellezas de la naturaleza el bálsamo que cure las heridas del alma; ¡heridas cien veces más dolorosas que las del cuerpo!—Opongamos el saludable sacudimiento que en nuestro espíritu produzca la vista del gigantesco Pico de Orizaba á la horrible tempe-

tad que en nuestro interior se ha desencadenado. Al menos no sucumbamos sin luchar: ¡adelante!

“Pareció que mi última exclamación había sido la orden de marcha, por que inmediatamente se dejó oír el silvato de la máquina; á poco el tren comenzó á moverse lentamente, como el gladiador que poco á poco sacude sus membrudos brazos y mide sus fuerzas antes de entrar al combate; en seguida partimos con gran velocidad atravesando los alegres campos.

II.

“El aire embalsamado de la campiña; las alegres y animadas conversaciones que sostenían los compañeros de viaje; el panorama bellissimo que á nuestra vista se desarrollaba, presentándose, á semejanza de los cuadros disolventes, lindas casas de campo, arboledas frondosas, extensos lagos surcados aquí y allí por las primitivas canoas indias ó bien, limitando el horizonte, las enhiestas moles del Popocatepetl y el Ixtlahuatl; todo para desaparecer y dar lugar á nuevos paisajes.

“Esto, sin duda produjo en mí saludable reacción, haciéndome olvidar las amargas horas pasadas: me entregué por completo á la contemplación y á los placeres del viaje.

Muy cerca del lugar que yo ocupaba, iba un caba-

llero de edad proecta, con el que bien pronto entablé animada conversación.

“Hablamos de las atrevidísimas obras emprendidas en la vía que recorriamos; obras que más parecen de gigantes que de hombres; de la perforación de montañas como la del “Chiquihuite”; de los elegantes á la vez que sólidos puentes, algunos de ellos de más de cuarenta varas de longitud, suspendidos á los bordes de inaccesibles precipicios, tan profundos, que algunos como el de Maltrata, tienen más de mil doscientas varas de profundidad; de las empinadas rampas por donde poderosas locomotoras remolcan el enorme peso de los trenes de carga y de pasajeros, hasta elevar los á cimas donde tienen su asiento las nubes.

“Admirábamos la solidez de aquellos rieles, que ya bordean las abruptas faldas de la montaña, implantados como por arte de magia sobre la viva roca; ya descenden por rapidísimas pendientes; ya, en fin forman difíciles y elegantes curvas.

“Agotado el tema, y en una que fué para mí brusca y desagradable transición, mi interlocutor hizo girar la conversación sobre los acontecimientos políticos de actualidad. Yo escuchaba pacientemente sus razonamientos, y cuando pude, quizá aprovechando alguna invitación suya para hablar, hice así lo que bien pudiera llamar mi profesión de fé:

“Me repugna profundamente la política, le dije. Corro el riesgo de que me juzgue Ud. semisalvaje, al oirme emitir una opinión tan franca como exabrupta.

Me podrá Ud. decir que todo hombre medianamente ilustrado tiene el derecho, el deber si se quiere de inmiscuirse en los asuntos públicos; de ayudar hasta donde sus fuerzas se lo permitan al movimiento de la máquina gubernativa, especialmente en un país que, como el nuestro, se rige por las instituciones republicanas: estamos de acuerdo. Pero he visto tantas humillaciones y tantas bajezas para obtener un miserable empleo, ó, como quien dice, para constituirse en la más insignificante rueda de esa máquina; he descubierto tanta falsedad en los llamados políticos que se dan la mano y se sonrien cuando se odian y se desprecian mutuamente: sé de tantas hermanas y esposas vendidas á la ambición y sacrificadas por el vil interes; conozco tantas nulidades ocupando los escañones del Congreso ó del Senado, á donde no han llevado otros títulos que su ignorancia supina, el atrevimiento inaudito ó la extrema facilidad de encorbar su espina dorsal ante el menor gesto del mandatario; que no tengo reparo en decirlo: declino gustoso el derecho que pudiera tener en el participio de los asuntos públicos. Para mí el leñador que trabaja día á día en estos bosques, es más digno y más feliz que el más encumbreado de los políticos.

“El Señor C....., respondió algo desazonado:

—Creo que es Ud. pesimista y que toca los extremos; no todos son como Ud. los pinta: hay excepciones.

—Sí señor, las hay, le respondí; y muy honrosas por lo mismo que son muy escasas.

La conversación terminó. Después tuve la pena de saber que el Sr. C.....era diputado, y que estando para terminar su periodo, iba á “trabajar” con el Gobierno del Estado para su reelección.

“Un movimiento en masa que los demás viajeros hicieron á uno de los lados del Wagon, me hizo casi automáticamente trasladarme hacia aquel lado. Habiamos comenzado á descender y estábamos en el puente de Maltrata. A nuestra izquierda veíamos de trecho en trecho montones de negras rocas, masas de lava volcánica solidificada por el tiempo y que parecen hechas mil pedazos por el martillo de los titanes en furiosa lucha; á la derecha, á más de mil doscientas varas de profundidad, el risueño valle de Maltrata, donde se ven las casas, las torres y las calles de la población, tan pequeñas, que se figura uno ver un pueblo de liputienses. El tren seguía bajando y nuevos horizontes se desarrollaban á nuestra vista; al fin, acabamos de descender, y cruzamos á la orilla de Maltrata, divisando de allí la “Boca del monte;” en seguida atravesamos ésta y vimos á corta distancia el “Ingenio,” población sumamente pintoresca y fértil y que dista de Orizaba como unas dos leguas. Por fin, como á las cuatro de la tarde llegamos á esta última Ciudad.

“Orizaba puede llamarse, sin hipérbole, el jardín del verjel veracruzano, como creo que la llamó uno de sus poetas.

“Es una grande Ciudad cuyas casas de tejados rojizos, que traen luego á la memoria las poblaciones de

la tierra caliente; sus esbeltas torres, sus cúpulas blanquecinas y sus altos miradores, sobresalen apenas por entre un verdadero bosque de naranjos, limoneros y palmeras. Rodeada de altas montañas, entre las que se cuenta el histórico cerro del “Borrego;” surgiendo allá, en uno de sus confines, el arrogante Pico al que da su nombre; cruzada por fuentes cristalinas y arrullada por resonantes cascadas; al mirarla tan bella, mi alma sintió cierta fruición, cierta agradable melancolía. Acudieron á mi memoria algunos de los cantos de Trueba; y parecióme aquel un oculto paraíso donde adormido por el himno constante que la naturaleza eleva á Dios podría vivir y morir quieto y feliz.

“Deseoso de acercarme al Citlaltepctl, después de haber permotado en Orizaba, salí al siguiente día con dirección á la villa de San Juan Coscomatepec, distante siete leguas de aquella ciudad y situada al pie del volcán.

“Cuatro horas de fatigosa marcha por un camino escarpadísimo, fueron suficientes para llegar á la citada villa, á la que llegué sano y salvo.

“San Juan Coscomatepec debe contar unos cuatro mil habitantes.

“Situada en su mayor parte sobre una elevada loma, sus casas y calles participan de la irregularidad del terreno. No hay allí más que un templo, que estaban levantando pues dos ó tres veces ha sido destruido por los temblores que son muy frecuentes.

“En los barrios bajos de la población se ven frondo-

sas huertas que demuestran la asombrosa fertilidad de aquellos lugares.

“Sus habitantes son de amable trato y hospitalarios.

“Siete leguas de un mal camino andadas en un caballo de alquiler, es una ración suficiente para moler el cuerpo mejor constituido; á sí fué que después de dar un ligero paseo por la población, me retiré á mi alojamiento y me entregué á las dulzuras del sueño.

III.

Me levanté de mañana. Deseaba ávidamente mirar hasta saciarme el soberbio volcán á cuyo pie me hallaba. Al efecto, subí á una pequeña eminencia desde la cual pude verlo todo.

“Aquella inmensa mole asentada sobre una cadena de grandes montañas que le sirven como de escabel, elevándose orgullosa hasta hundir su agudo pico en las nubes que le forman como una inmensa corona, como un gran penacho donde á veces fulgura el relámpago y retumba el trueno; me tenía absorto. Poco á poco los rayos del sol naciente fueron disipando aquel grupo de nubes y al descubrir el blanquísimo manto de nieve que rodea al cráter, se reflejaron en él: tiéndolo de un color rosa pálido, primero, de amarillo de ambar en seguida para quedar al fin de un hermoso

blanco azulado. Estos cambiantes, al desvanecerse, iban produciendo matices que ningún pintor es capaz de imitar.

“Disipados por completo los vapores que, cual un gran gorro de dormir, ceñían la frente del gigante, pude abarcar con la vista toda la cima emblanquecida por perpétuos hielos.

“No se si mi imaginación soñadora le dió forma á aquella masa blanca; ignoro si solo fué una ilusión de óptica; pero es lo cierto que creí ver allí algo semejante á la estatua de Colón, tal como la he visto modelada.

De pie, con la cabeza erguida y orlada por rizada melena; la escrutadora mirada intentando penetrar más allá del horizonte visible; con la siniestra mano sobre el pecho y señalando con la diestra algún objeto lejano.

“Al arrancarme de aquella contemplación, pregunté á algunos de los vecinos si nunca les había parecido ver en el cráter, algo parecido á la forma de un hombre; y en todos descubrí cierta extrañeza al oír la pregunta. Pensé entonces que esto era muy natural: aquellas honradas gentes veían el volcán como pudieran ver sus más insignificantes objetos; lo tenían como quien dice en casa, y no había ninguna necesidad de fijarse en él.

“Aunque yo deseaba arreglar la excursión al volcán para el día siguiente, algunas de las personas que debían guiarme y favorecerme con su compañía, me hi-